

Se habían visto hacia cuatro años, cuando ella aún era niña y él casi un hombre, y luego no volvieron á encontrarse hasta que estuvo proyectada la boda.

Mañana viene Carlos—la dijeron—hablarás y tú dirás... Es necesario que hagas por acostumbrarte á la idea de que va á ser tu marido.

Carmela pasó con Carlos por el jardín en el día señalado para la entrevista.

Carmela, encendidas las mejillas, temerosa y confusa, le vio acercarse.

—Chiquilla... ¿no te acuerdas de mí? —dijo el mozo.—Estás muy guapa... dejémonos de retóricas... Me gustas; si no te disgusta... habremos acertado... porque como de todas maneras nos han de casar.

Pues bien; ya lo sabeis, se casaron. Casados! Carmela se puso por ello muy gozosa... Todos parecían muy contentos y como agradecidos de que ella no hubiese opuesto resistencia alguna al proyecto... Se vió, al fin, en su palacio... en el hermoso palacio histórico de los Lorzaya... era la vizcondesa de Lorzaya... en parentada por parte de su marido con una de las más floridas ramas de la aristocracia española; se veía, al fin, dueña de sí misma... libre de institutrices y de rígidos é impertinentes deberes de colegiala... con un amigo joven, alborotador, ligero, tal vez un poco alocado, en extremo gastador; pero muy rico... sin duda que no era aquel el amor que ella, en sus castisimos y deliciosos ensueños de niña, había esperado... pero, en cambio, hallaba en el mozo una audacia, unaturdimento, un brío, un abandono, que resultaba tal vez de la franqueza de la libertad del carácter... Esperaba ser feliz.

Todo el mundo lo esperaba también... Por esto se le dejó solos... Era necesario que nadie perturbase el sosiego, la libre vida de los primeros meses de matrimonio. Viajaron... Tornaron del viaje. Carlos no se separó de ella... sino por breves momentos... para asistir á alguna coecria con amigos ó para dar algún paseo á caballo.

Sin embargo, cuando los esposos volvieron á Madrid, Carlos no quiso estar ya pegado á su mujer, cosido á sus falda... Hubiera sido ridículo.

Una mañana, justamente á los seis meses de haberse verificado la boda, ocurrió un suceso verdaderamente inesperado.

Juan, el jardinero, portero á la vez de casa de los condes... oyó sonar el timbre de la puerta verja; era muy temprano...

—¿Quién podrá ser á estas horas?—se dijo... y encaminándose á la puerta, vió junto á ella á su señorita envuelta en un manto negro... Había llegado en un coche de alquiler.

—La señorita... ¡Viene sola á estas horas la señorita!—exclamó el bueno de Juan lleno de asombro y de espanto.

—Sí, sí; abra usted... ¡Que no me vea nadie! Papá no se habrá levantado todavía.

—¿Pero le ocurre algo grave á la señorita?

—Nada. Vaya usted delante, avise al señor conde... que nada sepa la señora condesa.

En efecto, Carmela fué bien pronto conducida al despacho del señor conde, el cual había sido avisado y precipitadamente se vistió y subió á ver qué ocurría.

Carmela estaba pálida; tenía en la frente señalado el entrecejo con una arruga, marca de altivez y de indignación.

—¿Qué pasa? ¿Porqué vienes á estas horas?—dijo el conde.

—¿Por qué? Porque vengo para no salir jamás de aquí.

—¿Qué dices?

—¿Qué digo? ¡Que no quiero vivir jamás... óyelo bien, jamás, con ese hombre.

—¿Con tu marido?...

—Sí, con mi marido...

—¿Te ha maltratado?...

—No.

—¿Te ha sido infiel?...

—Padre, ni lo sé... ni ya me importa...

—¿Entonces?...

—Allí ha llegado hace una hora; pasó la noche fuera de casa...

—Oh, ¿y por eso? Grave es... pero, ¿quién no comete una falta?... El Casino, la charla...

—No... Se ha presentado tambaleándose, livido, balbuciente, con los ojos abotargados y de mirada vidriosa, febril, embrutecido... ¡Oh... repugnante!... Al acercarse á mí tropezó con no sé qué, pisó uno de los tapices y tiró al suelo el trofeo de nuestros dos escudos enlazados, el de Espinar de Ercilla y el de los Lorzaya... y con el vómito ensució estos tímbrs... Desde hoy me separa de él una invencible repulsión: el asco...

—Hija, por Dios... Es horrible... pero olvidálo... Al fin lo perdonarás... Tu dicha... tu nombre, tus escudos.

—Nada... de eso... Desde hoy sólo tengo una vida: la de la oración, y un escudo... ¡mi santo escapulario!

JOSÉ ZAHONERO.

CRÓNICA

De re escolástica.

Llegó el tiempo clásico de los exámenes en los centros de enseñanza.

No pocas familias permanecen estos días en nerviosa intranquilidad aguardando el calificativo oficial que ha de dar por bueno y digno de aplauso el trabajo de los estudiantes ó declarar *coram populo*, la nulidad intelectual de estos ó su escasa aplicación.

Rara vez ocurre lo primero; difícil será encontrar sér tan sumamente desairado por las dotes de inteligencia, que pueda decirse en justicia es inepto para los trabajos académicos. Desgraciadamente es muy frecuente la más absoluta desaplicación en los alumnos, que a poco atenta observación puede juzgar inespéres para el discurso intelectual, y que, no obstante, puestos en condiciones apropiadas para un trabajo esmerado, obtendrían excelente éxito.

¿Cuáles son esas condiciones? Ante todo, añadir á la labor diaria y alienadora de todo profesor capaz de concebir el arte de instrucción, refrescado con las nuevas auras del estudio psicológico del alumno, la voluntad de los padres de esos mismos discípulos.

En muy pocos casos podrá lograrse de un estudiante el éxito apetecido si el padre no contribuye como factor importantísimo á ese producto anhelado.

Muy exactas son las palabras con que empezamos estas líneas «no pocas familias permanecen estos días en nerviosa intranquilidad aguardando el calificativo oficial», pero no son menos ciertas estas otras: «*apenas una sola familia entre ciento se preocupa de los estudios y aprovechamiento de sus hijos, hasta que llega el examen!*»

Y claro es, que los resultados son fatales, los desengaños crueles, los bárbaros castigos á los inocentes estudiantes, indignos de padres civilizados.

Pues qué debe sostener durante un curso ante inteligencias de 12 á 15 años, la posibilidad de una aprobación por favor, por recomendación, por casualidad, (?) para rematar con tan descordada conducta?

El alumno que encontró en sus padres mirada condescendiente ó distraída para abandonar sus estudios por el paseo inoportuno, el teatro, el baile, el juego, la novela, los periódicos... tiene derecho á juzgar inconveniente é injusto el reproche de quien debió alentarle en sus trabajos académicos, en sus esfuerzos y desvelos, condescendiendo á la obra honrada y meritoria de sus maestros.

Por esto, en no pocos de los *desaguiados* que las actas académicas registran en estos días podría preguntarse: ¿quiénes son más culpables?...

Ya son bien mercedados los cursos académicos, las fiestas se suceden unas á otras en lista interminable, las horas dedicadas á

la enseñanza son breves; procuremos pues, que de los reducidos límites á que un maestro ha de reducir sus enseñanzas todo se aproveche, como lo aprovecharán las más esa lucida lista de muchachos que en estos días van á sus casas con la frente radiante de justo orgullo, con la boca sonriente; frente, que un padre debe mirar con legítima esperanza; boca que una madre debe bendecir con un beso!

EL BACHILLER ALONSO LÓPEZ.

Tradición parlamentaria.

La frase es de un periódico de la noche. *¿Dios... ¿dijo á recuperar nuestra tradición parlamentaria. Los discursos sonoros, las contiendas personales, las disputas de partido... No, perdono el colega. Esa no es nuestra tradición parlamentaria. Qué rota, acaso muerta, en 1835 y antes aún, en 1820.*

No tenían hogar propio ni carrozas de gala; muchos diputados hubieran padecido hambre si la munificencia de los liberales no les hubiese socorrido; pero aquellas Cortes, apesentadas en el teatrillo de la Isla de León, se llamaban á sí mismas Su Majestad, y cuando declaraban soberbiamente que participaban con el Rey la soberanía nacional, todo el mundo creía la verdad de sus palabras.

Luego, acabadas aquellas Cortes, el finiquito comienza. Los juristas y los letrados saltan al escenario. El éxito no es ya de los grandes caracteres, sino de los grandes oradores. No se va á las Cortes á hacer Patria, ni á salvarla, ni á engrandecerla. Se va á hacer política, y la política es cosa tan indeterminada que los oradores que la cantan y los juglares que la manipulan y los hábiles que en ella bruñean y de ella viven, apenas aciertan á explicar por qué hablan ni por qué leban, movidos del extraño ardimiento de las pasiones malsanas.

Pero estas Cortes de casi todo un siglo no son nuestra tradición parlamentaria. Curiosas, amenas y entretenidas, ofrescan al historiador muestra de los más raros sucesos, de las más disparatadas leyes de supremos esfuerzos de elocuencia, pero no rinden al análisis pedazo palpitante alguno de entraña nacional ni aliento del alma de la raza.

Fernando VII, agregando una coletilla á solemne Mensaje, y Argüelles, *el divino*, declarando que no quedaba á los ministros agraviados más que el honor, echaron las últimas paletadas de tierra caritativa á nuestra tradición parlamentaria. No la evoquemos para unirle una de nuestras flamantes legislaturas.

Y es que entonces las Cortes representaban la Nación, eran fundamental y consustancialmente la Nación misma. Una alta princesa á quien se han reconocido derechos al Trono español da las gracias, y las Cortes acuerdan recordarle que se ha olvidado rendirle el tratamiento de S. M.

Un Rey destronado pide audiencia.—Que aguarde—se le replica. Y el Rey, cariaconcedido, pasea su soberbia por un corredor de la sacristía. Pasa una hora, dos. El Monarca se impacienta. Al cabo se le dice: —Nada tenemos que oírle. Que se vaya inmediatamente, no sólo de la sacristía, niño del territorio español.—Y el Rey se va.

A un pretendido ó verdadero héroe, al marqués de Palscio, prohombre, procer, grande de España, se le nombra Regente y se le pide juramento. Quiere alardear de monarquismo y de conciencia escrupulosa y agrega á la fórmula acordada tres ó cuatro palabras huera. «¿Qué ha dicho ese caballero? ¡A la barra con él!» Los tímidos claman: «Que es héroe, que es grande de España, que es marqués, que acabamos de nombrarle Regente». Y retumba el vocejo de Mexia, el diputado mexicano: «Pues por eso!» Y el marqués de Palscio fué preso y recluso en un cuarto húmedo y oscuro, y se le arrentó luego y no se le admitieron excusas ni suplicasiones.

Estas Cortes—se declara—son monárquicas. No sólo reconocen la realeza de Fernando, sino que intentan salvar y reñer la Nación que ha de sostener su Trono; pero el Empeinado y sus gentes necesitan dinero y los héroes de la Independencia merecen premio. Vendamos los montes de El Pardo hasta la Puerta de Hierro y cuanto el Patrimonio Real posee en Aranjuez, Escorial y la Granja, tierras que no pro-

ducen, que no tributan; repartámoslas si no en parcelas pequeñas, fácilmente laborables por sus dueños mismos.

Estas Cortes—se declara—son católicas. El empeño en demostrarlo llegó á cegar el claro entendimiento de Villanueva, que escribe *El Tomista en las Cortes*, para convencer á los enemigos de que cuanto se había acordado, inspiró con sus doctrinas madio menos que Santo Tomás de Aquino, el Angel de las Escuelas! Son tan católicas, que en su Biblioteca no tienen cabida Voltaire y Rousseau, ogros revolucionarios de la época.

Me imagino á aquellos curas gloriosos, Jaime Villanueva, Bertoméu Muñoz Torrero, acusados de filosofismo y jansenismo, y, sobre todo, á Joaquín Lorenzo Villanueva, alto y rígido, envuelto en su amplio manto, con la cabeza perennemente torcida, la voz queda é insinuante, pidiendo y logrando la supresión del diezmo y las primicias, que arrancaban al labrador la mitad de sus cosechas.

No están Rousseau y Voltaire en la Biblioteca, sino en el alma de aquellas Cortes. El régimen vago, inconcreto, de la Iglesia nacional, que había de morir ahogado por los leguleyos del año 85 y por los oradores del 68, alienta en aquellas Cortes—las últimas españolas—de humanistas, de libertarios y de teólogos. Dan á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; pero reclaman y poseen su íntegra soberanía.

No hay, pues, para buscar nuestra tradición parlamentaria que recordar juramentos pedidos en fabia antigua ni hablar de Cortes de Aragón ni de Castilla. Cortes Constitucionales tenemos que puedan servirnos de enseñanza.

Como dijo hace días un ilustre escritor en el Ateneo, debemos olvidar á los padres, que nos han legado herencia ruin. Pero evoquemos el alma de nuestros abuelos, que es el alma de la raza.

DIONISIO PÉREZ.

ABRIL Y MAYO

¡Abril!... todo renace, todo se anima y con mayores bríos parece que vuelve á la lucha por la existencia.

Rosas, claveles, savia nueva, fragancias dignas de ser aspiradas por los dioses, conciertos musicales en los que el incesante piar de miles de músicos alegres cantan la alegría de la Naturaleza, todo... todo festeja á la hermosa primavera.

¡Mayo!... el mes de las flores, del amor, de los idilios dulces, de las tardes plácidas y serenas que son un himno á la Naturaleza, ¡dichoso mes!

Alfombras de flores tapizan los campos, mil luminarias alumbran las noches, frescas brisas acarician las tardes, dorada aurora corona el albor de sus hermosos días.

Los hombres se alegran, y satisfechos se animan á nuevas luchas por el ansia de vivir.

Las mujeres, bellas todas por razón de su sexo, también se engalanan, visten colores alegres, se adornan con flores y con ellas se perfuman.

Todo en este mes es hermoso, todo bello, todo poético.

Hasta la religión dedica el mes de las flores á la advocación más dulce, santa y poética, que es adorar á María, Madre de madres, Virgen de vírgenes, Amor de los amores, del Amor Hermoso, como la titula la iglesia para celebrar su festividad al concluir el mes de María.

¡Abril y Mayo! sus dos nombres son símbolos poéticos.

A la mujer joven, hermosa, para hacerle decir la edad que tiene, se le pregunta cuántos abrils cuenta.

A la jovenita que al llegar á la pubertad empieza á soñar con escenas de amor antes adivinada que sentidas; á la extasiada contemplando el canto sublime de la Naturaleza; ó creé percibir murmullos apasionados, arrullos cariñosos del amor desconocido que ambiciona á esta joven, para decirle hermosa, se la compara con una rosa de Mayo.

¡Mayo! ¡Abril! siempre serás deseado, bien recibido y alegremente festejado.